



RODRIGUES, Ana Maria S. A., SANTOS SILVA, Manuela, y SPANGLER, Jonathan (eds.), *Dynastic change. Legitimacy and Gender in Medieval and Early Modern Monarchy*

Jaime Elipe

Universidad de Zaragoza (España)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-7863-1804>

jaime.elipe@gmail.com

RESUMEN

Reseña: RODRIGUES, Ana Maria S. A., SANTOS SILVA, Manuela, y SPANGLER, Jonathan (eds.), *Dynastic change. Legitimacy and Gender in Medieval and Early Modern Monarchy*. Nueva York: Routledge, 2019; 294 págs.

La siguiente reseña analiza el libro *Dynastic change. Legitimacy and Gender in Medieval and Early Modern Monarchy*, obra coral que trata sobre las formas de legitimar el poder en los cambios dinásticos europeos durante la Edad Media y Moderna.

PALABRAS CLAVE

Cambio dinástico; legitimidad; monarquía.

La obra coral que reseñamos es el resultado de un congreso que tuvo lugar en Lisboa en 2015 y ofrece una visión global sobre la búsqueda constante de la legitimidad por parte del poder durante la Edad Media y Moderna. Como bien señalan sus editores, legitimidad proviene de *lex*, esto es, lo que está situado o no dentro de los márgenes de la ley. El libro no deja indiferente al lector, tanto por el contenido como por la forma. Nos detendremos momentáneamente para señalar esto último, ya que, a día de hoy, con multitud de trabajos un tanto descuidados por sus editoriales, produce gran satisfacción el formato elegido. Un número bastante homogéneo de páginas por capítulo hace que no haya lecturas breves –y otras agotadoras– ni que se bascule a favor –ni en detrimento– de ciertas visiones. También es destacable que se explicitan claramente los objetivos al comienzo de cada epígrafe y unas conclusiones certeras para cerrarlo. Quizás sí se puede criticar la elección de situar el aparato crítico al final y no al pie.

Un formato homogéneo para un contenido francamente heterogéneo pero que es dirigido por unos vectores claros: práctica y teoría de la legitimización, por un lado, cambio y consolidación dinástica por otro. Es decir, se estudian los medios para alcanzar el poder y los medios para retenerlo. El barrido geográfico y temporal es abrumador a simple vista, del que trataremos a continuación, pero es realmente didáctico para el público que no esté acostumbrado a visiones tan globales como las aquí ofrecidas. Desde el Imperio Bizantino en el siglo IX al Portugal de los Braganza; desde el Marruecos del XVII a la inmensidad rusa de Catalina la Grande. Detallemos un poco más los distintos temas tratados.

Como decíamos, hay dos temas principales, el cambio dinástico y la legitimación del poder, si bien realmente los límites son muy difusos por la gran cantidad de espacios comunes que presentan. Arranca el apartado dedicado a las sucesiones en el gobierno –de forma incruenta o no– estudiando a lo largo de varios siglos el caso de Inglaterra para la sucesión femenina. Un recorrido que comienza con la época medieval con la emperatriz Matilde (†1167) y termina con Isabel I (†1603). A lo largo de sus páginas Lynsey Wood describe los distintos contratiempos sucesorios de la Inglaterra medieval, en la que las mujeres únicamente podían transmitir derechos, pero jamás ejercer el poder real. La primera en hacerlo de facto fue María Tudor,

a pesar de los distintos documentos legales que su padre emitió, declarándola a ella y a su hermana Isabel ilegítimas, siempre en la más que conocida búsqueda obsesiva de un varón.

Isabel de Pinas Baleiras continúa planteándose una cuestión trascendente para la historia de Portugal. La llegada al trono del maestre de Avís en 1385, ¿fue una elección popular o un golpe de estado en toda regla? El tema tratado es francamente interesante, porque pone de manifiesto lo fino que se podía llegar a hilar para argumentar a favor o en contra. Desde luego, fue un golpe del tío bastardo contra su propia sobrina, pero hábilmente entrelazado de apoyos, presiones, intereses y justificaciones de todo tipo. Se llegó a aducir, incluso, que no había realmente un rey legítimo en Portugal. Por si la bastardía de varios de los protagonistas del cambio sucesorio en el país luso no fuera suficiente, el matrimonio entre Beatriz de Portugal (la reina depuesta) y Juan I de Castilla, aún enredó más la situación. Esto era debido a que este último necesitaba la legitimidad de una dinastía antigua para fortalecer la de los Trastámara, familia que, recuérdese, ceñía la corona gracias a un fratricidio. Algo que se malogró al perder Beatriz el trono frente a Juan I de Avís. Continuando con los descendientes de Enrique II de Castilla, el siguiente capítulo salta precisamente a su ascenso al trono aragonés unos decenios más tarde, en esta ocasión por medios pacíficos gracias al Compromiso de Caspe (1412). El texto, de la mano de Lledó Ruiz Domingo, explora cuáles fueron los mecanismos puestos en marcha por Fernando el de Antequera para entroncar con la extinta Casa de Aragón una vez consiguió ser rey. Especialmente centra su atención en discursos ante las cortes y, sobre todo, la imitación de las entradas reales del difunto rey Martín I.

El siguiente capítulo, siguiendo con la temática de los cambios dinásticos, transporta al lector a latitudes mucho más elevadas. En este caso, Cathleen Sarti explica el turbulento siglo XVI sueco, en el que cuatro de sus seis monarcas fueron depuestos. La autora se centra en el caso de Segismundo Vasa, quien, a pesar de ser sueco de nacimiento, terminó siendo repudiado en Suecia por ser considerado extranjero. La explicación reside en que también era rey de Polonia y gran duque de Lituania; apenas estuvo en suelo sueco y, sobre todo, era católico. Su ausencia y catolicismo, en un reino fuertemente protestante, allanó rápidamente el camino a sus más intrigantes familiares. De tal manera, acabó siendo considerado un polaco ya que no supo proyectar una imagen de sí mismo adecuada en el reino nórdico.

Manteniéndonos en el septentrión europeo, Jolanta Choińska-Mika y Katarzyna Kuras explican cómo funcionó la elección de los monarcas dentro de la Mancomunidad Polaco-Lituana a la muerte de Segismundo II Augusto. Lo primero de todo, quizás un tanto desconocidos en general los rudimentos de esta inmensa *res publica*, señalan las autoras el funcionamiento básico de la unión de los dos territorios. En Polonia, la monarquía era electiva pero limitada a los Jagellón; en Lituania era hereditaria. El interregno de 1572-1573 pondría en marcha el sistema electivo que, ante todo, mantendría la unidad de los dos territorios dejando de lado las diferencias religiosas. A través de sucesivos monarcas y sus distintas procedencias (Valois, Vasa, Sajonia) se avanza en el particular sistema electoral polaco-lituano: quizás más de un lector se sorprenda de que el número de votos no era decisivo en la elección. Concluye el capítulo señalando la última particularidad del sistema, la Constitución de 1791, que finalizó el sistema electoral convirtiéndolo en hereditario.

Charlotte Backerra continúa en el tramo temporal del siglo XVIII, en este caso estudiando la campaña que el Electorado de Hannover desarrolló para legitimar la nueva dinastía que ocuparía el Reino Unido. Una serie de medallas fueron encargadas al sabio Leibnitz, quien decidió desarrollar dos narrativas principales: los paralelismos con el pasado de mujeres germanas gobernando en las islas y los Brunswick-Luneburgo como defensores del protestantismo. Para concluir este primer gran bloque de estudios, Cinzia Recca ofrece su investigación sobre la influencia de María Carolina de Habsburgo en el reino de Nápoles de los borbones hispanos. Atendiendo a las ambiciosísimas políticas de la reina Isabel de Farnesio, Recca explica cuáles fueron las pautas que siguió la princesa austríaca para tomar las riendas del poder en el reino y cómo ambas suponen un modelo importante de reginalidad pese a ser consortes extranjeras en sus respectivas cortes.

Con un salto cultural y temporal comienza el segundo gran bloque de la obra, en este caso dedicado a la legitimización del poder real. El arranque de esta parte viene gracias a Alexandra Karagianni, quien describe los distintos relatos que empleó el emperador bizantino Basilio I para justificar su usurpación. A pesar de su oscuro pasado, fue un gobernador brillante; para ello buscó reelaborar sus orígenes trufándolos de sueños proféticos que lo señalaban como el basileo necesario. Continúa el libro con un análisis de la Inglaterra medieval y sus exequias. Anna M. Duch fija su atención en el entierro que recibieron distintos monarcas: Eduardo II, Ricardo II, Enrique VII y Ricardo III. Todos ellos acabaron perdiendo el poder; ahora bien, los dos primeros fueron enterrados como correspondía a los reyes y los dos segundos, no. ¿Por qué? La autora

indica que es precisamente porque sus sucesores no les dieron tal consideración, de manera que el sepelio que se les diera indicaba claramente la relevancia recibida.

Paula Almeida Mendes se ocupa de seguir otro cambio dinástico fundamental en Portugal, como fue la rebelión contra Felipe IV. En el caso de los Braganza, la búsqueda de legitimidad se hizo principalmente en el campo de la religión y dotándose sus miembros con un halo de santidad. Mediante profecías de lo más variopintas pero populares en su momento, se fue remachando poco a poco la imagen de una familia sagrada que rescataba a los lusos gracias a la ayuda divina. Cada uno de los familiares de Juan IV desempeñó un papel distinto pero muy importante: la reina doña Luisa de Guzmán era ejemplo de mujer piadosa recluida en un convento, el príncipe Teodosio un devotísimo joven. Quizás mayor interés, pero por el espacio reducido no se puede profundizar más, reside en la princesa Catalina, futura reina de Inglaterra y Escocia. Esta recibió el título de protectora del catolicismo, ya que no dejaba de reinar en unos territorios donde los católicos seguían estando fuertemente perseguidos.

El único caso extraeuropeo se presenta con Fatima Rhorchi, quien explica las estrategias seguidas por el sultán Mulay Ismaíl de Marruecos a lo largo de su dilatado reinado a caballo entre los siglos XVII y XVIII. Para ello, hizo uso de una combinación religiosa, cultural y espiritual, si bien había varios factores fundamentales para legitimar el poder. De estos, dos eran los más importantes: ser un jerife, es decir, de la familia de Mahoma, y tener *baraka*. Quizás por sus diferencias culturales sea el más complejo de los capítulos de entender, ya que entran en juego distintos elementos a los que el sultán debió hacer frente, todos ellos bien explicados por Rhorchi. Sin duda, el ejército permanente que consiguió levantar Ismaíl fue una de las claves principales de su éxito, pero también lo fueron sus políticas de carácter legal y cultural.

Retrocediendo a los siglos altomedievales, Penelope Nash estudia las denominadas *dominae imperiales*; es decir, las mujeres que gobernaron en el período otónida del siglo X durante la minoría de edad de Otón III. Estas fueron las emperatrices Adelaida y Teofanía, y la abadesa Matilde, abuela, madre y tía del emperador. A pesar del interés de este texto, no queda claro por qué estas mujeres pudieron hacerse con el poder en detrimento de familiares varones del jovencito Otón, muy poderosos. Se les atribuye la negociación como principal característica de su regencia. Quizás eche el lector en falta alguna explicación más profunda; por desgracia, la estandarización del espacio posiblemente sea la causa de la falta de detalles en la exposición. El siguiente capítulo ofrece un enfoque diferente al abordar las relaciones entre don Juan José de Austria y la reina Mariana de Austria mediante el uso de una obra teatral. Caitlin Brady Carter se sirve de *La estatua de Prometeo* para ofrecer un análisis político del enfrentamiento entre la reina viuda y el bastardo de Felipe IV.

Se concluye el libro con un artículo de Elena Teibenbacher sobre Catalina la Grande, buen ejemplo (como buena parte de los autócratas rusos) de usurpaciones necesitadas de legitimidad. Su caso guarda cierto paralelismo con el que presenta páginas atrás Sarti sobre los Vasa; Catalina se presentó a sí misma como muy rusa –pese a ser extranjera–, más rusa incluso que sus rivales políticos que sí lo eran de nacimiento. Desde luego, parte fundamental del espíritu nacional era el cristianismo ortodoxo y es algo que ella supo aprovechar en su favor. Se apuntan, por último, algunos aspectos relativos a su gusto por la Ilustración y las contradicciones que esto presentaba –aparentemente– con su gobierno despótico.

En líneas generales, el presente libro tiene cierto atractivo y, sobre todo, es bastante didáctico. El espacio tasado impide en muchos casos buscar causas profundas, reduciéndose algunos capítulos a un estilo meramente expositivo, primando la descripción de distintos hechos. Ofrece un recorrido muy amplio temporalmente de distintas partes del panorama europeo, lo que de alguna manera es una historia del cambio dinástico en el Viejo Continente. El abigarrado conjunto de ejemplos en ocasiones hace plantearse al lector si no hubiera sido mejor reducir el marco cronológico –o incluso geográfico–. Cambio dinástico y legitimación del poder son dos aspectos que van estrechísimamente unidos y, a la luz de los capítulos, podría decirse que no necesitan ni tan siquiera estar separados en dos bloques, ya que da un resultado un tanto artificial. Finalmente, destacaremos que, en medio de tanta heterogeneidad, un hilo conductor claro –legitimidad y cuestiones de género– y un formato muy riguroso ayudan a dotar a la obra de conexión. Al final, estamos ante una pequeña historia de Europa y sus vaivenes políticos.